

# PINOCHO

AÑO. IV  
NUM. 157

25 cts

19 FEBRERO  
1928



— MIRA, PINOCHO, A MI NO ME GUSTA COMER.  
— ¡HOMBRE! ¿Y COMO ES ESÓ?  
— POR QUE CASI SIEMPRE ME QUITA EL APETITO.



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL NIÑO RADTAD

CUENTO POR EMILIO SALGAR

(Continuación.)

—Debo haberle herido —dijo— y por lo tanto no habrá podido huir con mucha rapidez.

Atravesaron las plantaciones, siguiendo siempre las huellas, y pronto llegaron al lindero de un inmenso bosque de plátanos silvestres, mangotanes, altísimas palmeras y árboles de la goma.

La luna, que entonces estaba en todo su esplendor, permitía a los dos cazadores poder seguir las huellas del monstruoso mono hasta dentro de aquella espesa bóveda.

El malayo se detuvo para escuchar, y como no oyese rumor alguno, hizo señal al colono que le siguiera.

—¿Estará por aquí mi Alberto? —preguntó el holandés.

—He observado hace unos días un árbol de grandes dimensiones que tenía adheridos en una corteza pelos rojizos —contestó el malayo.— Sospecho que entre sus ramas se debe guarecer el raptor.

Una vez seguros de que los fusiles estaban cargados, los dos cazadores internáronse por entre los árboles, caminando en el más profundo silencio para no alarmar al mono.

La obscuridad era profunda, por ser el follaje muy espeso; pero el malayo estaba seguro de no perder las huellas. De vez en cuando se inclinaba hacia el suelo, removía lentamente las hojas secas para asegurarse de que el orangután había pasado por allí, y en seguida reanudaban la marcha.

Vagos rumores interrumpían de vez en cuando el silencio. Diversos animales, quizá tigres o panteras, oyendo acercarse gente, huían. A veces el malayo y el holandés veían pasar rápidamente babirusas, animales que tienen el tamaño de los ciervos y la forma del

cerdo, excelente caza para las fieras que son tan numerosas en los bosques vírgenes de Sumatra.

Después de haber recorrido más de una milla, el malayo, que desde hacía algún tiempo marchaba con mayor cautela, volvióse a su amo, diciéndole:

—He oído moverse las ramas en aquel grupo de plátanos silvestres.

—¿Habrá sido el orangután? —preguntó el holandés con voz ahogada.

—Lo sospecho. El árbol que he observado debe estar por estas cercanías.

—¿Encontraremos vivo a mi Alberto?

—Los orangutanes no atormentan a los chiquillos que raptan. Pero es preciso que le matemos instantáneamente, pues de otro modo lo estrangulará. Cuando estos monos se enfurecen se vuelven feroces. Silencio y sígame.

Echáronse a tierra, por ser muy espeso el follaje, y empezaron a arrastrarse como las serpientes, cuidando de no hacer crujir las hojas secas.

Llegados en medio de la espesura, el malayo enseñó al colono un árbol enorme, un durión de más de cuarenta metros de altura que

se erguía por encima de todos los demás.

El malayo observó cuidadosamente su ramaje y señaló a su amo una especie de plataforma formada por troncos de árbol de dos metros de ancho por cuatro de largo, colocada en la horquilla del árbol.

—Es la guarida del orangután —murmuró.— El niño debe estar allá.

El colono sintió oprimirse el corazón.

—¡Y si el orangután advirtiese nuestra presencia y echase desde lo alto a mi Alberto! —exclamó.







En aquel momento oyóse en lo alto del árbol un ronquido que terminó en un golpe de tos.

—El mono vela —dijo el malayo.— La herida debe impedirle el sueño.

—¡Entonces mi hijo está perdido! —exclamó el holandés.

—No adelante los juicios, mi amo —contestó el malayo.— Trátemos de hacerlo bajar. Si lo conseguimos, el niño no correrá peligro alguno. No se mueva y déjeme hacer, mi amo.

El malayo agachóse en medio de los plátanos, arrancó una hoja y poniéndosela en los labios, emitió unos cuantos sonidos guturales.

Poco después vióse una gran sombra aparecer en el borde de la plataforma e inclinarse: era el orangután que exploraba el bosque.

Alarmado por aquellos sonidos, habíase puesto en pie rápidamente para averiguar su causa.

El malayo, en vez de detenerse, había proseguido, mientras el holandés, impaciente, armaba el fusil.

Durante unos cuantos minutos el gigantesco mono estuvo escuchando, y luego con rapidísimo movimiento saltó sobre la horquilla del árbol y empezó a bajar a lo largo del tronco.

No lo hacía rápidamente. Cada dos o tres metros se detenía, y miraba hacia abajo para ver si descubría al misterioso autor de aquella música extraña.

—Atención, mi amo —dijo el malayo, apartando por un momento la hoja de sus labios.— El orangután se acerca.

—Le espero —contestó el holandés, cuyo corazón palpitaba fuertemente.

—Que no le falle el tiro.

—Apuntaré con cuidado.

El enorme mono había llegado a la mitad del tronco y se había detenido de nuevo como si se sintiera dominado por alguna sospecha.

Era el momento oportuno de dejarlo seco con una

bala en el corazón. Van Oken había levantado el fusil y le apuntaba, tratando de poner calma a la terrible agitación de sus nervios.

—¡Muera! —gritó finalmente, apretando el gatillo.

Oyóse un disparo, seguido de un rugido horroroso. El mono había saltado a una rama que se alzaba a la mitad de la altura del durión, pero en seguida se irguió, subiendo velozmente a su plataforma.

El malayo, arrojando la hoja, había hecho también

fuego precipitadamente. ¡Demasiado tarde! El orangután había alcanzado su guarida.

—¡Va a matar a mi pobre Alberto! —gritó el pobre padre.

—Silencio, mi amo —replicó el malayo.

Habíase oído en el árbol un grito agudo, un grito de chiquillo, y en seguida el malayo y el colono habían visto el mono lanzarse, con un salto inmenso, a las ramas de un árbol inmediato.

Entre sus velludos brazos estrechaba al pobre Alberto, todavía más.

—¡Hijo! —gritó el holandés.

—¡Padre mío! —contestó el chiquillo con voz débil.

El gigantesco mono huía, pasando de un árbol a otro, con agilidad sorprendente.

Abrióse paso entre las ramas, sirviéndose de la mano que le quedaba libre y de los pies, los cuales, como es sabido, están provistos de dedos larguísimos, y se lanzaba sin fallar jamás el golpe.

A veces daba saltos de varios metros para alcanzar algún árbol que se encontraba demasiado lejos.

El holandés desesperado y lloroso, y su compañero hacían esfuerzos prodigiosos para seguir al orangután en su marcha aérea.

Pero no se atrevían a hacer fuego por miedo de matar al pequeño. Además, aun en el caso de matar al gigantesco mono, éste al caer arrastraría al pobre Alberto.

—¿Adónde querrá ir? —se preguntaba el pobre padre.

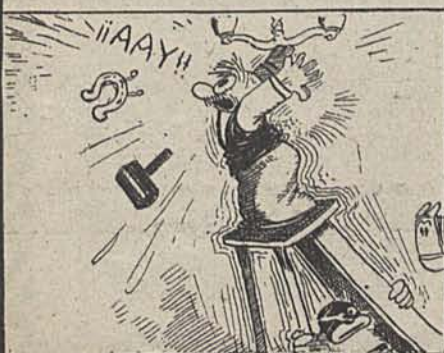
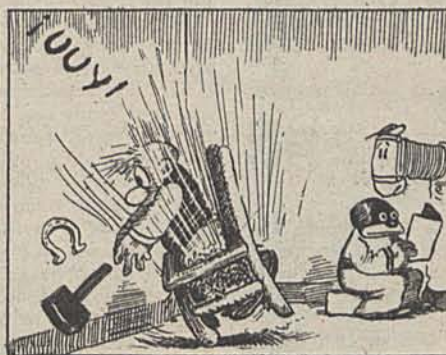
(Concluirá en el número próximo.)



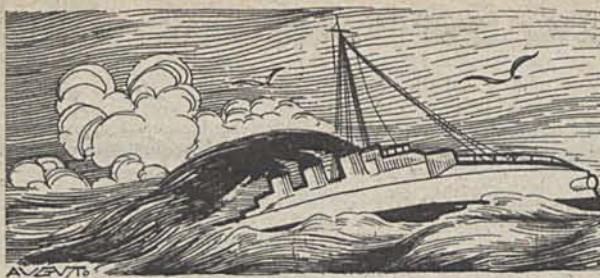




# DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO







# EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

¡Pobre Maud! ¡Estaba perdida!

Los dos generosos hombres, uno viejo y curtido en las formidables luchas de mar, y el otro joven, fuerte, guapo y bueno, lleno de ardor y de esperanza, daban lástima en aquel momento.

El malayo y Chicottry, que, por naturaleza el primero y por costumbre el segundo, no eran muy fáciles a dejarse vencer por las emociones, tenían, no obstante, los ojos humedecidos, el corazón oprimido y temblorosas las manos.

¡Adiós! El último hilo que les servía de guía en aquella trama diabólica habíase roto y perdido, y ahora quedábanse sin dirección.

¿Cómo apoderarse de los culpables y de los dos infelices que les seguían con tan ciega confianza.

Era absurdo buscarles por San Francisco y a lo largo de la costa de California: debían haber emprendido el viaje hacia el Océano, en donde no quedan huellas.

¿Marchar a la isla de los salvajes?

¿Y dónde se encontraba aquella tierra desconocida, aun admitiendo que su existencia y la carta de la madre de Maud no fuesen astutas invenciones para sorprender la buena fe de aquellas dos víctimas? ¡Ay! ¡Dios les abandonaba sin dejarles esperanza alguna!

Pero Chicottry, Wilson, Cipriano y Sudharah no se decidían a salir de la oficina de policía, como si no quisieran convencerse de que el fracaso era irreparable, y permanecían allí desolados y entristecidos.

Era el 7 de noviembre y anochece. Un fuerte viento del norte había llevado sobre la ciudad de San Francisco una oscura niebla que producía una tristeza infinita.

Los cuatro hombres, obligados a tomar una resolución, decidieron por fin y salieron.

En la escalera encontraron un empleado de la policía que subía los escalones de tres en tres y que juró, al mirarlos, no haber visto en su vida cuatro seres más abatidos.

El agente francés, que distraído, sin perder su costumbre de observarlo todo, siguió con el rabillo del ojo al empleado y vió que se dirigía al despacho del Director, llevando en la mano un sobre amarillo.

Chicottry estremeciéndose y sintió que el corazón le palpitaba con más fuerza... pero, no obstante, siguió bajando la escalera.

Ponía el pie en el último peldaño, cuando oyó que una puerta se abría con estrépito y que una voz gritaba en lo alto de la escalera:

—¡Señores, señor Chicottry, suban en seguida: noticias importantes!

El agente se volvió rápidamente, y, cogiendo por un brazo a Wilson, que era su vecino, le dijo:

—Animo, subamos; creo que no se habrá perdido todo —y se precipitó de nuevo escalera arriba.

En el rellano, que daba acceso a la primera sección, encontraron al Director de policía con un telegrama en la mano.

—Lea —le dijo estrujándole el papel—. Es un telegrama que acaba de llegar; viene de la ciudad del Lago Salado y creo que es interesante para ustedes.

El agente francés leyó sin vacilaciones:

«Al señor Director de policía.

»San Francisco de California.

»La cuadrilla de los *bushrangers* que el 30 de octubre asaltó el tren del Pacífico en el tunel ha sido dispersada por las tropas enviadas en su persecución.

»Diez de sus componentes, que han escapado a la muerte o a la captura, han huido, llevándose a cuatro viajeros apresados en el asalto del tren.

»De las declaraciones hechas por un *bushranger* se sabe que se trata de una cierta miss Maud Campbell, inglesa, y de los señores, Bonate Touchet, francés, sir Jorge Baker y Guillermo Jones, ingleses.

»Los diez bandidos y los cuatro prisioneros recorren en este momento montados en excelentes caballos el camino que conduce a Monte Rey, a través de las montañas de California, con la evidente intención de embarcarse en algún barco y ponerse a salvo.

»Estas noticias me han sido comunicadas por el comandante de los dos pelotones de caballería del Lago Salado que desde hace días persiguen a los fugitivos.

»Sería oportuno cortarles el camino, advirtiendo a todos los puestos militares de la costa y enviando tropas montadas a recorrer las carreteras y cercanías de Monte Rey.

»Firmado,

El jefe de Policía.»

No es preciso describir el efecto producido por aquel telegrama en el ánimo de los cuatro amigos.

Fué, empleando una antigua imagen, como echar aceite en una lámpara que agoniza.

El acaso, después de haberles llevado a la desesperación, les ponía de nuevo en sus manos un hilo que debía conducirles a la victoria final.

—Señor director —dijo Chicottry devolviendo el precioso despacho— tanto yo como mis amigos estamos a su disposición.

—Se lo agradezco.

—Y le suplicamos que nos utilice lo más pronto posible.

—Su petición es aceptada.

—Entonces, manos a la obra...

El director de policía no perdió el tiempo. Puso telefóricamente en movimiento a todos los puestos militares desde San Francisco a Monte Rey, y mandó que dos escuadrones marchasen a las faldas de los llamados montes de California para batir todos los valles hasta más allá de Monte Rey.

Chicottry, Wilson, el teniente y el malayo, armados de carabinas y pistolas y montados en excelentes caballos del país, agregáronse a la tropa volante y se pusieron en marcha en una hermosa galopada que produjo entre los espectadores las más grandes exclamaciones de admiración.



En el momento de salir de la ciudad, cruzáronse con dos ginetes que corrían a rienda suelta.

El más joven de los dos, al ver al almirante y a Sudharah hizo un gesto de estupor y se tapó rápidamente la cara, como quien no quiere ser reconocido, espoleó su cabalgadura y desapareció junto con su compañero.

¿Quién podría ser?

#### IV

*Los bushrangers.—La conquista del capitán de la cuadrilla.—¿Que los cuelguen!—Cómo la señorita Campbell salvó a tres hombres y se convirtió en reina de los bushrangers.—Los millones de sir Baker y la conjura de los quince.—Estratagema de un jefe de escuadra.—Batalla, fuga y persecución.—Ridículo final de un atrevido jefe de bandoleros.*

Pedimos perdón a los pacientes lectores si nuestro deber de exactos cronistas nos obliga a conducirlos de un lugar a otro para ir detrás de nuestros diversos personajes, y una vez hecho esto, apresurémonos a explicarle el modo cómo la señorita Maud Campbell, su padre y sus dos compañeros, en vez de encontrarse detenidos en las oficinas de la policía americana, estaban en poder de los *bushrangers* del ferrocarril central del Pacífico.

El asalto del tren había sido dado simultáneamente en tres puntos diversos, en la cabeza, en el centro y en la cola.

Tres cuadrillas de bandoleros formada por quince hombres cada una y guiados por un jefe habían tomado parte en el asalto.

La cuadrilla destinada al centro, como más expuesta al peligro, era mandada por el capitán de los bandoleros, Sam Pierson, que en aquella ocasión desplegó toda su audacia, que se iba haciendo legendaria.

Los lectores recordarán la rápida y fantástica lucha en el túnel; pero ignoran el episodio más importante y doloroso de aquella aventura.

Sam Pierson y unos cuantos *bushrangers*, al pasar de un coche a otro —porque los grandes trenes norteamericanos se pueden recorrer de un extremo al otro sin molestarse en bajar— llegaron al *sleping* donde iba Maud Campbell y sus tres compañeros.

Los feroces bandidos, con el revólver en la mano derecha y una antorcha en la izquierda, intimaron amenazadoramente:

—¡La bolsa o la vida!

Mientras los viajeros obedecían, Sam Pierson contemplaba embelesado a la linda joven, que asustada y temblorosa parecía aún más bella a la siniestra luz de las antorchas.

—¡Por vida de los demonios! —balbuceó el capitán de bandoleros, riendo horriblemente—. He aquí a una muchacha que me viene la mar de bien. Valor Sam Pierson, cójela para ti. Esta será la más hermosa de tus conquistas.

Y uniéndolo el dicho al hecho, saltó de pronto sobre Mand, le ciñó la cintura con el brazo izquierdo, antes que ella pudiese oponer resistencia alguna, y apuntando con el revólver a los demás, gritó con voz potente: ¡Paso, paso, al *bushranger* Sam Pierson!

—Y desapareció entre las tinieblas.

Pasado el primer momento de confuso estupor, el señor Touchet, sir Baker y Jones, no viendo a Mand, lanzáronse fuera, arrastrados de común impulso y empezaron a llamarla a gritos.

Pronto sus voces fueron apagadas por el fuerte ruido del tren que reanudaba su marcha.

Entonces encontráronse en tierra, abandonados, en medio de una cuadrilla de gente feroz, algunos de los cuales se estaban vendando las heridas recibidas en la lucha, mientras los demás recogían el botín.

Apenas los *bushrangers* se dieron cuenta de la presencia

de los tres viajeros, precipitáronse sobre ellos, los ataron fuertemente y los llevaron fuera del túnel, donde toda la cuadrilla se iba reuniendo en torno a Sam Pierson, que les esperaba a caballo, teniendo apretada contra el pecho, encima de la silla, a miss Campbell, más muerta que viva por el espanto, e incapaz de lanzar un grito o proferir una palabra.

—¡Pronto, a caballo! —gritó el capitán, señalando a los caballos sujetos por unos cuantos hombres.

Los *bushrangers* no se hicieron repetir la orden, y todos se pusieron en marcha al trote.

Marcharon de este modo hasta el anochecer, por un país desierto, pasando lejos de los poblados y puestos militares del estado de Utah.

Detuviéronse por fin ante una pequeña cadena de alturas rocosas y abruptas, en cuyas laderas había numerosas cavernas.

Allí tenía los *bushrangers* su cuartel general. Sam Pierson mostrábase tan preocupado ante la doble carga que llevaba consigo, que sólo al llegar advirtió la presencia de los tres prisioneros que sus hombres habían hecho.

Al darse cuenta de ello montó en cólera, y les dijo gritando:

—Os tengo prohibido coger prisioneros. Los prisioneros

constituyen siempre un peligro, porque si logran fijarse se vengán denunciando a la policía el lugar de nuestro escondrijo.

—¿Y la muchacha? —observó uno.

—¿Quién se atreve a interrumpirme? —rugió Sam Pierson con temible acento.

Nadie rehusó.

—Una mujer sirve siempre para algo —añadió, más tranquilo, no sabiendo qué decir.

—Es verdad —gritaron todos.

—Y un hombre, no.

—Es verdad.

—Pero en este caso los tres prisioneros existen —observó cuerdamente un oficial.

—Desembarazaos de ellos —replicó con aire brutal Sam Pierson.

—¿De qué modo?

—¿Será preciso que os lo enseñe?

—Es que...

—¡A colgarlos!

—Y si lográsemos un buen rescate.

—¡Qué rescate!... ¡Ea, a colgarlos!...

El miserable alejóse y nadie se atrevió a replicar.

Los tres prisioneros habían oído perfectamente la sentencia inexorable, pronunciada en voz alta.

El señor Touchet, medio enloquecido por el terror, empezó a llorar, invocando a Maud, que no podía oírle, por haber sido encerrada en una caverna destinada a habitación del capitán de bandoleros, y acabó por desmayarse.

Los *bushrangers*, acostumbrados por una rigurosa disciplina obedecer, sin discutirlos, las órdenes de su jefe, apresuráronse a preparar tres fuertes riendas, haciéndoles tres nudos corredizos, que colgaron de otros tantos árboles que alzaban allí junto sus frondosas copas.

Condujeron debajo de ellos a los tres desgraciados, a los que recomendaron que tomaran sus últimas disposiciones para prepararse a morir dignamente.

¡Dios de misericordia!

¿Quién tenía que decirle al bueno del señor Touchet, ex director de presidios, que debía de acabar sus días como el más indigno de sus antiguos presidiarios?

No, no era posible. Aquello era una mala broma, era una pesadilla. Y creyéndolo así, el pobrecito hacía titánicos esfuerzos, como para desatarse y lanzaba grandes gritos, tratando de escapar de manos de sus verdugos.

Mientras sucedían estas cosas al aire libre, Sam Pierson,

(Continuará en el número próximo.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿USTED QUE PREFIERE DON TURULATO? ¿PAISAJE O MARINA?

MI DEBILIDAD ES MAPINA. EN CASA SIEMPRE ESTOY CANTANDO AQUEL CORO DE MARINA QUE DICE: "QUE ENDO A BREA Y OLIENDO A BREA"



FIJATE, CURRINCHE QUE MALÍSIMO ESTÁ HOY EL MAR

¡POBRECILLO! ¡MIRE QUE SI SE MURIERA....! ¡QUE PENA!



SI SE ESTUVIESE EL MAR QUIETO UN MOMENTO SALDRÍA MUCHO MEJOR, PERO ASÍ VA A SALIR MOVIDO

CUANDO A MI ME HACEN UN RETRATO ME ENSEÑAN UN PAJARITO Y ME QUEDO INMOVIL ¿QUIERE QUE SE LO ENSEÑEMOS?



ESO ES PINTAR CURRINCHE, Y NO LAS BIRRIAS QUE TÚ HACES EN LAS PAREDES

ESO ES UN MAMARRA-CHO Y AHORA MISMO LE DEMUESTRO QUE PINTO YO MEJOR QUE USTED



¿ESTÁ ESO YA, MAESTRO?

YA NO FALTA MAS QUE UN POQUITO. PERO NO VA LE MIRAR HASTA QUE YO DIGA.



¡ATIZA! ¡SI ESO ES UN BESUGO!

COMO QUE A MI LO QUE MAS ME GUSTA DEL MAR SON LOS BESUGOS. FIJESE QUE FRESQUÍSIMO ESTÁ



¿QUÉ DIRÍA EL SEÑOR GOYA SI LEVANTASE LA CABEZA?

NO PODRÍA NI HABLAR PORQUE LA ENVIDIA LO MATARÍA DE REPENTE







# POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



DESPUÉS DE VARIAS HORAS DE DURACIÓN DE UN ESPANTOSO CATACLISMO, LOS ELEMENTOS SE CALMARON Y TIO BIM Y POLITO DESPUÉS DE DAR GRACIAS A DIOS POR HABERLOS SALVADO OBSERVARON CON HORROR QUE LA CIUDAD DE ORO HABÍA DESAPARECIDO EN LOS ABISMOS.

SIDNEY SMITH

¡TIO BIM, QUE ESPANTO! ¡LA CIUDAD DE ORO HA DESAPARECIDO!

¡SON INCONMESURABLES LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA!

¡CREES QUE ALGÚN DÍA VOLVEREMOS A DES-CUBRIR LA CIUDAD DE ORO?

¡JAMÁS HOMBRE! ALGUNO VOLVERÁ A VERLA, PUES PROBABLEMENTE SE HALLARÁ EN LOS RANTOSOS ABISMOS INCANDESCENTES DEL CENTRO DE LA TIERRA!

¡LA CIUDAD DE ORO SE HA HUNDIDO!

¡LOS DIOS SE HAN QUERIDO CONSERVARLA PARA ELLOS!

¡NO SÉ COMO AGRADECERLE EL INTERÉS QUE SE HA TOMADO POR POLITO!

¡ESTA MISERABLE CRIATURA NO DESEA MÁS QUE LA GRATITUD DE USTED!

POLITO ME HA DICHO QUE LE HABEIS SALVADO MUCHAS VECES LA VIDA.

¡Y NO LE HA DICHO A USTED LAS VECES QUE EL HA SALVADO LAS VIDAS NUESTRAS!

¡CUANDO ESTÁBAMOS SITIADOS, ME REPARTIAN SU ALIMENTO Y CUANDO

¡ERA NUESTRA OBLIGACIÓN!

¡ESTABA FATIGADO! CHING ME LLEVABA EN SUS HOMBROS!

LO QUE SIENTO ES NO HABER RECOGIDO ALGÚN TROZO DE ORO DE LA CIUDAD, PUES CON PRUEBAS MATERIALES NADIE DUDARÍA DE LA VERDAD DEL RELATO.

¡YO PUEDO OFRECERLE ALGUNOS QUE CONSERVO!

¡GRACIAS CHING-CHONG!

¡TENGA USTED!

¡YO TAMBIÉN TENGO ALGUNOS A SU DISPOSICIÓN!

¡ASÍ DEMOSTRAREMOS QUE HA EXISTIDO LA CIUDAD DE ORO!

¡TOMA, TIO BIM, MÁS PEDRUSCOS AMARILLOS DE ESOS!

¡HA LLEGADO OTRA NUEVA ESCUADRILLA Y ESTAMOS DISPUESTOS A PARTIR CUANDO MANDEIS!

¡DÉ USTED LA ORDEN DE MARCHA!



EL DIRIGIBLE SE APROXIMA VELOZ AL HOGAR DE POLITO CUYO CORAZÓN SALTA DE GOZO AL PENSAR QUE VA A ABRAZAR A SUS PADRES.



# CUENTOS DE CALLEJA

## LAS MAIAS COMPAÑIAS

Castillo

**U**N labrador tenía una huerta; en la huerta había algunos olivos, y en los olivos, aceitunas, que el propietario contemplaba todos los días con la impaciencia de quien ya quisiera verlas en buen estado para recogerlas y prepararlas. Pero un buen día se presentaron unos cuervos, que se fueron comiendo las aceitunas a medida que maduraban. Y el labrador se propuso hacer una gran matanza o un buen escarmiento en los primeros que sorprendiera comiéndoselas.

Tenía también nuestro labrador una cotorra muy parlera y traviesa, que andaba libremente por todas partes, aunque medrosica y sin osar alejarse mucho de la casa; pero un día se sintió con valor suficiente para arrostrar los peligros que siempre había temido tanto. Un paso tras otro, y sin decir palabra, se metió por entre la espesa hierba, y después de una jornada más larga de lo que parecía consentir su torpe y despacioso andar, llegó a los olivos donde los cuervos hacían entonces sus correrías comiéndose a picotazos las aceitunas del pobre labrador. Se dirigió al jefe de los cuervos y le dijo:

—Caballero cuervo y muy señor mío: Tengo el sentimiento de participarle que, si no abandona el campo inmediatamente, va a haber palos, y muy gordos. He oído decir a mi amo que estaba de cuervos hasta el cogoté; que él no plantó los olivos para que vosotros os comierais las aceitunas, y que tiene preparada una escopeta de dos cañones con unos perdigoncitos muy cucos para saltaros los sesos.

—Y usted, señora cotorra —dijo el jefe de los cuervos—, ¿no ha pensado el riesgo que corre en venir de embajadora entre nosotros? ¿No podría ser que nos figurásemos que venía usted a asustarnos, y que le saltáramos los sesos con estos piquitos tan cucos que Dios nos ha dado?

La cotorra comprendió que había dado un mal paso al querer salvar la vida a aquellos ladrones, y procuró escurrir el bulto, diciendo:

—Bien dicen los hombres: *cria cuervos y te sacarán los ojos*: porque aunque yo no los he criado a ustedes, ni falta que me hace, estoy viendo que, en vez de agradecer mi consejo, me habrían ustedes hecho pedazos de no tener cierto respeto a mis agudas uñas y mi encorvado pico.

Al oír esto los cuervos armaron un estrépito ensordecedor. Todos comenzaron a revolotear alrededor de la cotorra, lanzando agudos graznidos.

*¡Cuac! ¡cuac! ¡cuac!*  
*Por chismosa morirás.*

Pero la cotorra no estaba para bromas, y, remangándose las plumas de las patas y erizando las plumas de la cabeza, afiló su corvo pico y de la primera estocada dejó tendido a uno. Dos cabos de gastadores de los cuervos se lanzaron sobre la cotorra; pero ésta los despachó en un periquete, mientras gritaba:

*¡Jal! ¡jal! ¡jal!*  
*Por malvados morirán.*

Salió otro a combatir, y la cotorra, envalentonada con su triunfo, lo hizo polvo de otro golpe, y como ocurriera lo mismo con el tercero, se volvió al corro de los cuervos muy satisfecha, diciendo:

—Tres cuervos, tres estocadas. Vengan más toros, digo, más cuervos, que estoy de puntería y quiero completar la corrida.

Algún respeto causó entre los enemigos la actitud de la cotorra, que, a juzgar por sus bríos, estaba dispuesta a acabar con todos los cuervos habidos y por haber, por lo cual el rey de éstos, volviéndose a los







suyos y viendo que se amilanaban, les pronunció la siguiente arenga:

«¿No os da vergüenza, caras de lechuga, que una sola cotorra os haya metido el resuello en el cuerpo? Yo os aseguro que al primero que vuelva la cola o dé alguna otra señal de miedo, de un picotazo lo descuartizo. Conque mucha pestaña, que la vista engaña.»

Al oír tan heroica alocución, los cuervos se animaron un poco y comenzaron a dar vueltas alrededor de la cotorra, buscando la oportunidad de atacarla por la espalda; pero la valiente cotorrita se revolvía como un rayo y nadie se atrevía a acercarse, por cuya razón el rey de los cuervos, si llega a tener muelas, las echa de rabia fuera de la boca.

La cotorra, al ver que el rey de los cuervos no hacía más que graznar, pero sin acercarse, le gritó:

—Ya que vocifera usted tanto, ¿por qué no se acerca un poco y nos daremos dos golpecitos bien dados?

—Amiga —dijo el rey de los cuervos—, una cosa es hablar y otra dar trigo. Yo cumplo mi deber mandando a éstos que la despachurren a usted, y usted cumple el suyo defendiéndose; pero le aseguro que no saldrá de aquí como vino, y el mayor pedazo va a ser una uña, y ésta ha de ser la del dedo pequeño.

Al oír esto, la cotorra dió un salto, y, acercándose donde estaba su parlanchín enemigo, le dió con mucha guasa un golpecito con la pata en la tripa. Los cuervos, al ver que tomaban «las plumas» a su rey, se lanzaron sobre la cotorra pico en ristre, con ánimo de hacerla

picadillo; pero contaron mal sus fuerzas, y en cuanto vieron rodar por el suelo unos cuantos de los suyos cundió el pánico y estuvieron a punto de desbandarse.

El rey de los cuervos vió muy comprometida a su gente y mandó tocar retirada. En aquel momento sonó un tiro y algunos de ellos cayeron heridos o muertos.



El resto de la bandada levantó el vuelo; pero otro disparo hizo caer sin vida algunos más.

Levantando el vuelo la cotorrita volvió a casa, gritando por el camino:

*¡Ja! ¡ja! ¡ja!*  
*Todos los malos perecerán.*

Poco después llegó el dueño, que llevaba en la mano el cadáver del rey de los cuervos y lo enseñaba a sus hijos diciendo:

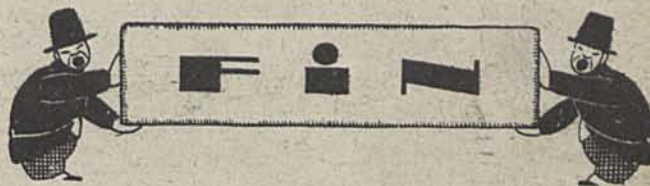
—Ya pagó su merecido.

Los niños manifestaron deseos de saber lo ocurrido en el campo de batalla, y la cotorra se lo refirió sin olvidar ni un detalle.

—Los cuervos —decía— son pájaros desagradecidos y traidores, que no respetan ni a quien quiere hacerles bien. Yo fui a avisarles el peligro que corrían, y en vez de agradecerlo se volvieron contra mí; y gracias a este piquito que Dios me ha dado no figuro en forma de albondiguillas en la mesa de los cuervos. Me dolió tener que hacerles pupa; pero supongo que más les dolería a ellos recibirla. ¡Buenos pájaros están!

Los niños aplaudieron el valor del animalito.

Los malos no agradecen los consejos de nadie; sólo el castigo los escarmienta, y si no fuera por el temor, ¡cuánto se multiplicarían sus maldades!







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?  
—Espérate que acabe de hacer esta operación numérica y hablaremos.

—Matemático vienes hoy, Chononcito. ¿Estás haciendo la cuenta de la lavandera?

—No es mala cuenta la que estoy haciendo, fijate. Suma y verás cómo sale cerca de un millón de pesetas.

—Tienes que decirme antes qué quiere decir esa suma. No sea que después de sumar me hayas hecho víctima de algún bromazo tuyo.

—Nada de bromas, querido buho. Voy a decirte lo que representan estos números fantásticos. Me he detenido en el escaparate de una joyería donde no hay más que alhajas hechas con perlas, y me ha asombrado el exorbitante precio que alcanzan estas pequeñas bolitas que parecen gotas de nácar. Hay allí collares, sortijas, pendientes, imperdibles, etc., etc., todos de perlas, y me he entretenido en sumar el precio de todo lo expuesto y llega casi al millón de pesetas. Ahí tienes el misterio de estos números. Ya ves qué diferencia entre esta cuenta y la de la lavandera.

—Efectivamente. Pero no sé de qué te extrañas sabiendo que las perlas finas se cotizan a precios elevadísimos. Ten en cuenta que una perla es una verdadera maravilla de color y de reflejos; añade a esto su escasez y lo codiciadas que están en el mundo de la ostentación, y comprenderás su valor comercial.

—¿Quieres decirme de dónde se sacan las perlas?

—De las ostras.

—¿De esos mariscos que a mí me gustan tanto?

—De esos.

—No lo entiendo. Una docena de ostras cuesta muchísimo menos dinero que una perla pequeñita.

—Es que no todas las ostras tienen perlas. Si así fuese no habría escasez de ellas y su precio bajaría hasta el extremo de que todo el mundo podría tener alhajas de perlas. También el diamante se encuentra en el carbón; pero esto no quiere decir que en las seras de carbón que te llevan a casa encuentres un diamante en cada trozo. ¡Qué hermoso sería encontrar en cada paletada de la ceniza que queda en la hornilla una docenita de diamantes! ¡Ay Chonón, que gracioso vienes hoy!

—Bueno; pues explícate y así me sacarás de estas confusiones en que me has puesto.

—Las perlas, como te he dicho, se encuentran dentro de las ostras, pero no de todas, ni muchísimo menos. Voy a referir cómo se produce la perla dentro de la ostra. Cuando este marisco es joven sólo consta de un pequeño núcleo gelatinoso, que por su poco peso flota en la superficie del agua. Poco a poco va endureciéndose su carne, y al mismo tiempo se va protegiendo con una cascarilla que luego es la concha o valva.

—Supongo que con la concha no podrá flotar encima del agua.

—Desde luego que no. El peso de la costra que va criando le va haciendo sumergirse hasta llegar al fondo. Una vez en él se mueve de un lado para otro a impulso de las corrientes, hasta que encuentra una roca donde adherirse y fijar ya su residencia definitiva. De allí ya no se mueve.

—Entonces ¿de qué se alimenta?

—De pequeñas partículas que arrastra el agua: trocitos de insectos marinos, granitos de arena, huevecillos de peces, pedacitos de algas etc. etc. Estos residuos penetran por entre sus valvas, que mantiene un poco abiertas y lentamente los va asimilando. Pero

ocurre a veces que estos alimentos van mal dirigidos, y en vez de penetrar por la boca de la ostra van a depositarse en sitios escondidos entre la carne y la concha, y de allí no salen a pesar de los esfuerzos que hace el marisco por echarlos fuera.

—Le molestarán.

—Naturalmente. Lo mismo que a ti te molesta la arena que se te mete en las uñas. La ostra entonces procura atenuar los efectos de la molestia, y para ello empieza a segregarse un líquido que va rodeando el cuerpo extraño, y poco a poco va endureciéndose hasta formar esas maravillosas bolitas que se llaman perlas.

—¿Y estas bolitas no le molestan?

—No deben causarle molestia alguna por la extraordinaria suavidad de su superficie, que además se mantiene siempre revestida de un líquido viscoso.

—Es curiosísimo saber que las perlas se producen por una molestia de las ostras. Y dime: ¿no se saca también nácar de las conchas de estos mariscos?

—Sí; querido Chonón. Así como la cara exterior de la concha es muy sucia y rugosa, la interior es limpia y muy fina, formada por capas superpuestas de ese misterioso jugo o líquido de que se forma la perla, y que gracias a él toma unos reflejos que no ha podido el hombre imitar con toda su pureza a pesar de todas las combinaciones químicas imaginables.

—Pero el nácar no tiene el mismo valor que las perlas ¿verdad?

—No lo tiene, por lo mismo de que todas las ostras lo contienen. El nácar se utiliza en la industria para la fabricación de una infinidad de objetos: botones, tapas de libros, mangos de navajitas, figuritas, dijes, etc. etc.

—Claro que los países donde se cría mucha ostra serán países ricos.

—Ya te he dicho que no todas las ostras tienen perlas, y además, aun aquellas que las tienen, son acaparadas por importantes empresas que se dedican al comercio de perlas. Los países donde se encuentran más ostras perleras son Australia, Ceilán, Borneo, Nueva Guinea y Filipinas. En estos países tienen las empresas invertidos grandes capitales dedicados a la extracción de las ostras.

—Tendrán que bajar los trabajadores al fondo del mar.

—Naturalmente. Hay buzos especializados en estos trabajos; pero también hay indígenas que por su cuenta y riesgo se aventuran a bajar a las profundidades sin escafandra alguna, sólo atados con una cuerda y llevando una gran piedra a los pies para poder llegar hasta el fondo.

—Oye, oye, querido buho. Yo creo que eso no puede ser. Se ahogarían.

—Hombre. Ya comprenderás que no van a estar una semana debajo del agua. Les basta con un minuto o poco más para arrancar unas cuantas ostras y salir a la superficie. Son indígenas que ya están acostumbrados a contener la respiración durante algún tiempo. Además, estos indígenas van provistos de un curioso aparatito hecho con cuero, y que consiste en una pequeña funda o caperuza que se colocan en la nariz e impide que el agua les entre por las fosas nasales. Para evitar que este aparatito se les pierda lo llevan sujeto al cuello con una cuerdecita.

—¡Qué lástima, querido buho, que tengamos que suspender nuestra charla; pero fijate qué hora es.

—Muy tarde, muy tarde. Hay que dejarla para otro día. Adiós, amigo Chonón.

—Adiós, amigo buho.





# COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS

## UNA CRAVE COGIDA Y UN RETRATO

A mis queridos sobrinos Pepín y Julito.

La admirable carta de don Teodoro de Anasagasti, publicada en uno de los últimos números del simpático PINOCHO, pinta deliciosamente el ejemplar contraste entre la vida de prodigalidad y holgura que llevan sus hijos y la que arrastran los pobres niños de unos gitanos, todo privaciones y necesidades. Y les dice, como infalible resorte que les mueva a compasión, que los niños de los gitanos no tienen juguetes, ni mimos de abuelos y padrinos, ni tío Pepe. Se adivina un tío Pepe todo bondad y esplendidez para sus sobrinos. Pues bien; el tío Pepe de mis sobrinos soy yo.

Dice el popular refranero que «al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos». Pero no es un acierto la intención de esta letra, porque excluye a los que siempre hemos deseado hijos y, a falta de ellos, Dios, y no el diablo, nos ha deparado sobrinos. El refrán apuntado no me está, pues, a la medida, pero tiene muy fácil arreglo con sólo trastocar dos palabras, dejándolo así: «Al que el diablo no le da hijos, Dios le da sobrinos». Y a mí me ha dado dos que son el resumen de todas mis satisfacciones.

Mis sobrinos, como todos los chicos, tienen ocurrencias inocentes; pero algunas, además de ser inocentes, son ingeniosas, y voy a referir dos que seguramente harán reír a los pinochistas.

Para disfrutar siquiera un día a la semana de la feliz compañía de mis sobinos (el mayor, Julito, tiene seis años, y el otro, Pepín, cinco) tengo la costumbre de traérmelos a mi casa todos los sábados por la tarde, y los reintegro a la suya los domingos al anochecer. Duermen, pues, en mi casa una vez cada siete días.

Entre los innumerables juguetes que guardan en la habitación de mi piso, destinada a ellos exclusivamente, figura un toro de cartón más alto que ellos, y al que Pepín bautizó con el nombre de «Perdiguero». Este toro, a pesar de su mansedumbre, le ha permitido a Pepín lucirse en faenas *magistrales*, que desarrolla vestido con un pintoresco traje de torero.

El pobre «Perdiguero» tiene ya un boquete en el morrillo que deja pasar sin la menor dificultad el estoque, el brazo y hasta la cabeza del matador. Dentro del toro, y por gracia de este boquete, hay papeles rotos, juguetes viejos, pan duro; en fin, de todo un poco. Y desde luego, todo lo que se pierde en la casa aparece dentro del toro. «Perdiguero» es la obsesión de Pepín, hasta el punto de que en sus sueños sigue lidiándolo.

Julito y Pepín duermen en una misma cama, junto a la mía, y una noche, ya casi de madrugada, Pepín empezó a dar voces gritando: «¡Que me pillal ¡Que me pillal!» Encendí a escape la luz y vi a Pepín en el mismo borde de la cama, con los brazos en alto y en actitud de huir o, a lo que hubiera sido más fácil, de caer

de narices al suelo, lo que evitó su hermanito Julio sujetándolo por el faldoncillo de la camisa. Zarandé a Pepín para que se despertase, y cuando vió que su hermano lo tenía sujeto, rompió a llorar y a darle manotazos. «Suéltame, suéltame y no tengas mala idea, que me voy con tío Antonio», decía Pepín. «¿Pero qué te pasa?», le pregunté yo. «Pues que estaba toreando a «Perdiguero», y va y se arranca hacia mí, y Julito, que tiene muy mala idea, va y me tira de la camisa para que yo no pueda correr y me pille el toro. Por culpa de él, mira qué revolcón me ha dado». Y el niño se buscaba una herida que no aparecía por ninguna parte. «Anda», me dice, «llévame a la enfermería». Me lo traje a mi cama y, al fin, volvió a dormirse; pero tuve antes que convencerle de que el revolcón no tenía importancia y no le haría perder ninguna corrida.

\*\*\*

La otra ocurrencia fué cosa de Julito, cuyo temperamento es más reposado que el de su hermano. Le gustan las diversiones sedentarias: leer, pintar, hacer construcciones y, sobre todo, la fotografía. Claro que esta última afición la compartimos a medias, y cada vez que él va a sacar una fotografía se lo dispongo todo de forma que él no tenga más que apretar el botón del disparador.

Un día me dijo: «Anda, tío Antonio, que te voy a retratar. Ponte el sombrero y vámonos a la azotea, que habrá buena luz». Me puse el sombrero y, escaleras arriba, nos subimos a la azotea. Julito miraba con gran interés a las paredes. Yo creí que buscaba un sitio en que la luz nos fuese favorable; pero luego vi que no era así. Lo que él buscaba era un clavo, donde colgó mi sombrero. «No quiero que salgas cubierto», me dijo, «porque el sombrero te taparía los ojos.» «Bueno, como tú quieras», le dije. «¿Dónde me pongo?» «Aquí, aquí; acércate bien a la pared». Y poco a poco me fué empujando hasta dejarme pegado al muro. «Así estás muy bien.» Yo, ni me fijé en que el chiquillo me había colocado debajo, precisamente, de donde estaba colgado el sombrero.

Le preparé la máquina, y después de soltarme un «sonriete un poquito», dió al botón del disparador. «¡Ya está! Has salido colosal», me aseguró mientras daba unas palmadas de alegría.

Llevé el carrete a revelar a una casa de fotografía, y a los dos o tres días, que fueron de una impaciencia desbordante para Julito, volví a recoger las pruebas. Y aquí tenéis, queridos pinochistas, una copia dibujada por mi torpe mano del retrato que Julito le ha hecho a su tío.

ANTONIO LEYRA.

Madrid.



## VIDA PINOCHISTA



Anita Martínez Barrot.



Fernando Letamendía.  
San Sebastián.



Pilarín García.  
Canfranc.



Enrique Borau.  
Canfranc.

Ayuntamiento de Madrid



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Laura.  
JOSÉ CHOZAS.



Llevando agua.  
ANTONIO.



Una negra africana.  
P. ALCOCER.



Mi perro de aguas.  
GUILLERMO JOSÉ KIFES.



Célebres pinochistas.  
SALVADOR POZUELO.



Pirula de paseo.  
JOSÉ ALEMANY.



Dos buques con rumbo a New-York.  
JOÉ M. PÉREZ.



En el Jardín Botánico.  
JOSÉ COLL.



Pinocho,  
por F. TALEGÓN.



El aeroplano de Pinocho.  
JOSÉ OGANDO.



Mi abuelita.  
ADRIÁN TALEGÓN.



Disparando andanadas.  
A. SIERRA.



¡Yo en todo soy el amo!  
XIMPA V.



Cañamón y Pinocho.  
RAFAEL DÍAZ.



Un acorazado.  
PEPE DE LA IGLESIA.



Mi hermano Luis.  
NEMESIO QUINTANA.



Un patio sevillano.  
MERCEDES LAIRADO.

### Liberación de unos cautivos.

En Alustante, pueblecillo de la cercana provincia de Guadalajara, adonde me llevan mis padres a pasar los veranos, presencié este último la escena entre pájaros que voy a relatar.

Unos amiguitos míos salieron a coger nidos y encontraron unos cuatro chillandes (avecillas un poco mayores que los gorriónes); mataron uno, otro se murió y quedaron dos, que metieron en una jaula, que colocaron en una ventana de una casa contigua a la mía.

Al día siguiente nos sorprendió un espectáculo conmovedor: los padres de los pajarillos, que sin duda siguieron a los autores de la rapiña, revoloteaban junto a la jaula, llevando en sus piquitos gusanos y otras cosillas para los cautivos, que, por entre los juncos, las recibían con el gozo que demostraban en su incesante piar.

Así pasaron varios días, y los pajaritos crecían, cambiando el vello por plumas, siendo para nosotros un espectáculo la llegada de los padres con la bucólica.

Una mañana, mi amigo, el dueño de la jaula, tuvo un disgusto tremendo: al abrir la ventana para ver a sus prisioneros se encontró la jaula vacía. Rompió a llorar, creyendo que algún gato habría devorado a sus ocupantes, pero no era así: en la jaula había dos juncos torcidos, labor realizada por los pájaros padres, que de este modo consiguieron salvar a sus hijos cuando éstos fueron aptos para volar.

¡Qué episodio tan emocionante en aquellas cabezitas de pájaros!

JOAQUÍN DONATO  
11 años.



Casa de pescadores.  
A. RUBIO.



Dos exaltados.  
G. MORA.



La casa donde veraneo.

MANUEL NIETO MORENO.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

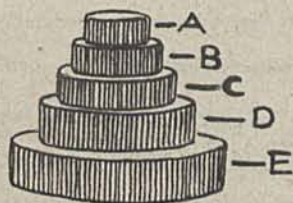
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## EL CORRO



Trece niños jugaban al corro alegremente, cuando se acercó una señora y les dijo: «Soltad las manos y volved a coger de forma que tanto a la derecha como a la izquierda hayáis cambiado de pareja». Así lo hicieron los niños, saliéndoles el juego admirablemente, y repitiéndolo hasta seis veces distintas. Para hacerlo, numeraros previamente. Como no os será fácil reunirlos trece niños, podéis hacer el problema con fichas. Mandadme las soluciones indicándome con números el lugar que cada uno ocupa.

## LAS MONEDAS



A.M.

Tenemos cinco fichas de diferente tamaño, que las designaremos con las letras A, B, C, D y E. Las colocamos en el redondel número 1, y mediante 31 movimientos tienen que pasar a ocupar el redondel número 3 en la misma forma que estaban al principio. Hay que tener en cuenta que para estos movimientos no se podrá poner nunca una ficha grande sobre otra más pequeña.



# Sección Pirula

## CUENTOS DE PIRULA

*Pedrin, el mercader, el guerrero, la princesa y las tres avellanas.*— Pedrin lo reunía todo para ser un perfecto héroe de cuento: era joven, bueno, leal y valeroso, pobre y trabajador, y estaba solo en



el mundo; además vivía junto a un bosque.

Hizo, pues, lo que hacen todos los héroes al principio de todos los cuentos: partió un buen día en busca de fortuna, de aventuras, de gloria y de amor.

Y, como no podía menos de suceder, se encontró a una viejecita cargada con un haz de leña; la ayudó a llevar su fardo y ella le premió regalándole tres avellanas.

Al cascar la primera avellana, Pedrin vio salir de ella una damita del tamaño de un grano de arroz, que cantaba:

*Ven y ven y ven  
dinero que yo perdí,  
vuelve, vuelve, vuelve,  
mi cuantioso potosi.*

Luego, amenazando gentilmente a Pedrin con el dedo meñique, añadió: —No repitas esta canción porque te sucedería una desgracia muy grande—. Y desapareció como por arte de birlirioque.

Pedrin cascó la segunda avellana, y de ella salió un hombrecito del mismo tamaño que la dama anterior, y cantaba:

*Ven y ven y ven  
caballo que yo perdí,  
vuelve, vuelve, vuelve  
caballo, vuelve hacia mí.*

Luego hizo a Pedrin la misma advertencia que la damita y, como ella, desapareció.

De la tercera avellana salió un viejete tan microscópico como los personajes que le precedieron; cantaba:

*Ven y ven y ven  
bella luz que yo perdí,  
vuelve, vuelve, vuelve,  
mis ojos ciegos sin tí.*

Y tras de amenazar a Pedrin con una gran desgracia si repetía estas palabras, desapareció.

Pedrin siguió andando intriguadísimo por la aventura, cuando de pronto vio a un señor de noble porte que, enganchando una sogá a la rama de un árbol, se disponía a ahorcarse. —¿Qué te pasa? —preguntó Pedrin.

—¡Ay! —suspiró el desesperado—. Yo era un rico

mercader y he perdido toda mi fortuna; mi familia está en la miseria y prefiero morir antes que ver a mis hijos pasar hambre. Entonces, Pedrin recordó las palabras de la damita de la primera avellana, y comprendió que si el mercader las pronunciaba recobraría su fortuna; claro que recordó también la terrible amenaza, pero su generosidad pudo más que su temor. En efecto; tan pronto como el mercader hubo dicho:

*Ven y ven y ven  
dinero que yo perdí,  
vuelve, vuelve, vuelve,  
mi cuantioso potosi.*

surgió en la tierra, ante sus pies, un cofrecito que contenía una fortuna, en billetes de Banco, para que fuese más fácil y cómoda de llevar. Loco de alegría el mercader, abrazó llorando a su salvador y le dijo: —Toma mis guantes;

te los regalo; guárdalos en recuerdo mío—. Y se fué corriendo con su precioso cofrecito. Pedrin se dispuso a ponerse los guantes; pero en el mismo instante ocurrió algo espantoso: sus dos brazos cayeron al suelo y se quedó manco, mientras que a los guantes les salían unas alas y desaparecían volando por los aires. Muy triste, pero sin arrepentirse de su buena acción, que tan cara le costaba, Pedrin siguió andando. De pronto vio a un guerrero magníficamente ataviado con armadura de plata y casco empenachado que se disponía a atravesarse el cuerpo con su espada. Pedrin se precipitó hacia él.

—¡Detente! —gritó—. Y dime lo que te impulsa a matarte.

—¡Ay! —gimió el guerrero—. Se me ha muerto mi caballo, el que siempre me acompañó en las batallas y al que debo el haber triunfado de todos los enemigos. No he de sobrevivirle.

Pedrin recordó al punto las palabras del hombrecito de la segunda avellana, y, sin vacilar, a pesar del terrible castigo que le costó ya su generosa indiscreción, se las refirió al guerrero. Y tan pronto como éste hubo repetido:

*Ven y ven y ven  
caballo que yo perdí,  
vuelve, vuelve, vuelve  
caballo, vuelve hacia mí.*

un hermoso caballo acudió, galopando y relinchando, hacia su amo, que estuvo a punto de desmayarse de alegría.

—En prueba de agradecimiento —dijo el guerrero a Pedrin— te regalo mis espuelas.

Y, saltando sobre su caballo, desapareció.

Pedrin cogió las espuelas, que eran de oro, y se las iba a colocar cuando sucedió algo horrible: sus dos piernas se desprendieron de su cuerpo y cayeron al suelo, mientras que a las espuelas les crecían alas y salían volando por los aires.

Apenado al verse sin brazos ni piernas, pero contento por el bien que había hecho, Pedrin siguió avanzando, arrastrándose penosamente por el suelo.

Así llegó a un lago de agua clara y transparente, al que tenía que rodear para seguir camino adelante; en aquel momento vio acercarse una joven bellísima, vestida de blanco y con una corona de perlas sobre su rubia cabellera, que se dirigía hacia el lago con los brazos extendidos.

—¡Detente! —gritó Pedrin—. Te vas a caer al agua.

—¡Ay! —suspiró la dama—, ¿qué me importa? ¿No ves que estoy ciega? Cuanto antes me muera, mejor.

Esta vez Pedrin no vaciló ni medio segundo en aconsejar a la princesa que pronunciase las palabras que le oyó al vejete de la tercera avellana. Y naturalmente, tan pronto como la princesa repitió:

*Ven y ven y ven  
bella luz que yo perdí,  
vuelve, vuelve, vuelve,  
mis ojos ciegos sin tí.*

sus ojos se abrieron y Pedrin quedó deslumbrado al ver cuán bellos eran.

—¡Me has salvado! —dijo la princesa—. Toma este recuerdo de mi agradecimiento.

Se quitó su corona de perlas, se la puso a Pedrin, y se fué corriendo con ligereza de gacela.

Pero en este instante preciso ocurrió algo mucho peor que todo lo anterior.

Algo, en fin, tan horrible, que tengo que tomar alientos para decirlo. Lo haré en el próximo número.

